

La idea de muerte evoca frecuentemente la idea de mar y de marinos. Mar y marinos no aparecen con la precisión de una imagen, la muerte más bien hace que la emoción nos invada por oleadas. Que los puertos son el escenario repetido de crímenes es una afirmación tan obvia que no la abordaremos. Pero son innumerables las crónicas en las que el asesino es un navegante, falso o verdadero, y aun si fuera falso, más estrechas serían sus relaciones con el mar. El hombre que viste uniforme de marinero no obedece solamente a la prudencia. Su atuendo es propio de un ceremonial que siempre preside la ejecución de crímenes concertados. Ante todo podemos afirmar que: envuelve de nubes al criminal; lo separa de una línea de horizonte en la que el mar y el cielo se tocan; lo hace avanzar sobre las aguas con pasos largos, musculosos y ondulantes, identificarse con la Osa Mayor, con la estrella Polar o con la Cruz del Sur; él (seguimos hablando de ese atuendo y de ese criminal) lo hace remontar a tenebrosos continentes donde el sol sale y se oculta, donde la luna permite el crimen en cabañas de bambú, cerca de ríos inmóviles llenos de cocodrilos; le concede actuar bajo el efecto de un espejismo, lanzar su arma cuando uno de sus pies descansa todavía sobre una playa oceánica y el otro despliega su movimiento en la superficie de las aguas hacia Europa; le otorga el olvido porque el marinero “viene de lejos”; deja que considere a los terrestres como plantas. Acuna al criminal. Lo envuelve en los pliegues apretados de la camiseta

y amplios del pantalón. Lo adormece. Adormece a una víctima, ya fascinada. Hablaremos de la apariencia mortal del marinero. Hemos asistido a escenas de seducción. En la muy larga frase que comienza con “que envuelve de nubes...” nos hemos entregado a una fácil poesía verbal, algunas de cuyas oraciones eran sólo un argumento para complacer al autor.

Queremos presentar el drama que aquí habrá de desarrollarse bajo el signo de un muy singular movimiento interior. Y decir, además, que está destinado a los invertidos. A la idea de mar y de muerte se agrega *naturalmente* la idea de amor o de voluptuosidades —y, mejor dicho, *de amor contra natura*. Los marinos arrebatados (animados, nos parece el término más exacto, como veremos más adelante) por el deseo y la necesidad de matar son miembros en primer lugar de la marina mercante, son navegantes de viajes largos, alimentados con galletas y latigazos, encadenados por error, desembarcados en un puerto desconocido, reembarcados en un buque mercante para un tráfico dudoso; aunque para esos forzudos de la armada sea difícil llegar a una brumosa ciudad de granito, vacilantes, atropellados para y por maniobras que suponemos peligrosas, esos hombres, esos perfiles, esos rulos, esas ancas alzadas, coléricas; esos muchachos ágiles y fuertes, porque son dignos de ejecutar todos sus movimientos con nobleza, no se los imagine capaces de cometer un crimen. Ya sea que desciendan del cielo, o emerjan de dominios donde conocieron las sirenas y los monstruos más sorprendentes, los marineros en tierra habitan en casas de piedra, en arsenales, en palacios cuya solidez frena el nerviosismo, la irritabilidad femenina de las aguas (¿no dice el marinero en una de sus canciones: “uno se consuela con el mar”?), sobre muelles cargados de cadenas, de mogotes, de amarraderos donde llegan a anclar desde los mares más lejanos. Eligen por su tamaño depósitos, fuertes, cárceles abandonadas, de magnífica arquitectura. Brest

es una ciudad dura, sólida, construida con granito gris de Bretaña. Se diría que su dureza ancla el puerto; a los marineros les da sensación de seguridad, el punto de apoyo desde donde erguirse, los hace descansar de la ola perpetua del mar. Si Brest es ligera es a causa del sol que dora levemente las fachadas, tan nobles como las fachadas venecianas, también a causa de la presencia de marineros indolentes en sus calles estrechas, a causa, por fin, de la niebla y de la lluvia.

La acción del libro se desarrolla en ese lugar, cuando comenzamos el relato y “El vengador”, un aviso, está desde hace tres días en la rada. Otros barcos de guerra lo rodean: “La Pantera”, “El Vencedor”, “El Sangriento” y, junto a éstos, “El Richelieu”, “El Béarn”, “El Dunkerque”, y otros más. Estos nombres tienen su equivalente en el pasado. En los muros de una capilla lateral de la iglesia Saint-Yves en la Rochelle, hay pequeños exvotos que evocan los barcos perdidos o salvados: “El Amotinado”, “El Zafiro”, “El Ciclón”, “El Hada”, “La Joven Amada”. Estos barcos no tuvieron ninguna influencia en la imaginación de Querelle, aunque haya sabido de ellos alguna vez en su infancia; sin embargo, teníamos que señalar su existencia. En cuanto a la tripulación, Brest será la ciudad de “La Feria”. Lejos de Francia, así como los marineros hablan entre ellos de los patos de Cholon o de los Anélidos anamitas, sobre el burdel sólo dicen exabruptos, riendo con insolencia, y se refieren al patrón y a la patrona mediante expresiones como ésta:

– “¡Te los juego a los dados, como en lo de Nono!”.

– “¡Ése, por atracarse a una mina, iría hasta meterse con Nono!”.

– “¡Ése, sólo para perder, iría a ‘La Feria’!”.

Si el nombre de la patrona es ignorado, “La Feria” y “Nono” dieron la vuelta al mundo y fueron susurrados en secreto por los marineros, siempre con un apóstrofe burlón. A bordo nadie sabe exactamente lo que es “La

Feria”, ni conoce con precisión las reglas del juego que hacen a su fama, pero tampoco nadie, ni los uniformados, se atreve a pedir que se lo expliquen: todos aparentan saberlo. El establecimiento de Brest aparece, por lo tanto, rodeado por un aura fabulosa y los marinos, cuando se acercan al puerto, sueñan secretamente con esa casa de tolerancia a la que siempre se refieren riendo. Georges Querelle, el héroe del libro, es el que menos habla de la casa. Sabe que su hermano es el amante de la patrona. Ésta es la carta, recibida en Cádiz, que se lo hizo saber:

“Querido hermanito, te escribo estas breves palabras para informarte que he regresado a Brest. Quise volver a trabajar en los docks pero ya no había lugar. No tuve suerte. Ya sabes, no me gusta laburar, y siempre tuve cabeza de chorlito. Para salir del paso me encontré con Milo y enseguida vi que la mujer del patrón de ‘La Feria’ me había clavado la vista. Hice lo mejor que pude y ahora le estoy sacando el jugo. Al patrón le importa un carajo porque él y su mujer no son más que socios. Me va bien. Espero que a ti también, y si vienes de franco, etc. Firmado: Robert”.

En septiembre a veces llueve. La lluvia cae sobre los músculos de los obreros del puerto y del arsenal, empaña su ropa de lienzo, la camisa, el pantalón azul. Incluso suele suceder que algunas tardes sean lindas y que entonces bajen de los astilleros grupos de albañiles, carpinteros, mecánicos. Están agotados. Caminan agobiados y si se apuran es porque aplastan con sus zapatos los charcos que están a su paso. Atraviesan lenta, pesadamente, el vaivén más rápido y ágil de los marinos que van de juerga como si fueran el adorno de esta ciudad, que brillará hasta la madrugada, con sus piernas abiertas, sus risotadas, sus cantos, su alegría, las groserías a las muchachas, los besos, los cuellos marineros, los pompones. Los obreros vuelven a sus campamentos. Han trabajado sin duda todo el día (el soldado, ya sea marinero

o infante nunca tiene la sensación de haber trabajado), mezclando sus ademanes, encastrándolos, completando uno con el otro para la obra que será su nudo visible y apretado, y ahora regresan. Una oscura amistad –oscura para ellos– los une, así como un leve odio. Unos pocos están casados y sus mujeres están lejos. Hacia las seis de la tarde los obreros atraviesan las rejas del Arsenal y entran a los docks. Se dirigen a la estación, donde están las cantinas, o descienden hacia Recouvrance, donde han alquilado una habitación por mes, en un hotelito amueblado. En su mayoría son italianos y españoles; también hay árabes y franceses. Esa orgía de agotamiento, de músculos fatigados, de laxitud viril, le gustaba recorrer al teniente de navío Seblon, oficial de “El Vengador”.

Los techadores trabajan sobre los tejados de los edificios del Almirantazgo. Boca abajo, como si estuvieran acostados sobre una ola, en la soledad de un cielo gris, lejos de los hombres que caminan en el suelo. No se los escucha. Están perdidos en el mar. Cada uno sobre un alero del tejado, se enfrentan, reptan, se miden con el torso erguido e intercambian cigarros.

*Un cañón apuntaba constantemente hacia el presidio. Hoy en día ese cañón (sólo su tubo) está en posición vertical en el medio de ese patio en el que se formaban los galeotes. Es sorprendente que, en otros tiempos, para castigar a los criminales, se los enganchaba como a los marineros.*

*Pasé frente a “La Feria”. No vi nada. Todo se me niega. En Recouvrance pude entrever –un espectáculo frecuente que no me canso de ver a bordo– que un acordeón se plegaba y desplegaba sobre el muslo de un marinero.*

*“Brestear-se.” De batirse sin duda: querellarse.*

*Cuando me entero, a veces por el diario, de que se ha armado una gresca (o sólo tengo miedo de que se produzca) me preparo para huir: siempre creo que van a sospechar que soy yo el culpable. A fuerza de haber imaginado situaciones escandalosas siento que soy algo demoníaco.*

*En lo que se refiere a los maleantes que tengo entre mis brazos, mi ternura y mis besos apasionados a las cabezas que acaricio, que cubro delicadamente con mis sábanas, es una especie de reconocimiento y de fascinación mezclados. ¿Después de haberme quejado tanto de la soledad en la que protejo mi singularidad, que me deja desnudo, es cierto quizás que retenga en mis brazos contra mí a esos muchachos cuya audacia y dureza los enaltece tanto que me tiren al suelo y me pisoteen? No me atrevo ni a pensarlo y se me llenan los ojos de lágrimas al agradecer a Dios por concederme tanta felicidad. Mis lágrimas me enternecen. Me derrito. Con esa humedad en mis propias mejillas, giro y me derramo tiernamente por la mejilla lisa y dura de los muchachos.*

*Esa mirada severa y a veces casi suspicaz, incluso justiciera, que le lanza el pederasta al hombre joven y hermoso que encuentra, es una breve pero intensa meditación sobre su propia soledad. Ese instante (el tiempo que dura esa mirada) encierra, compacta, una desesperación invariable, de rápida y apremiante frecuencia, minuciosamente alimentada por el temor a verse rechazado. "Sería tan hermoso"... sueña. Y si no lo sueña, lo dicen sus cejas fruncidas, la condena de su negra mirada.*

*Una parte de su cuerpo está desnuda. Él (Querelle, cuyo nombre el Oficial no pondrá nunca por escrito, no sólo por prudencia ante sus compañeros o ante sus jefes, sino porque piensa que el contenido de su diario íntimo bastaría para perderlo). Él lo examina. Busca los*

*puntos negros, las uñas maltratadas, los granos. Fastidiado cuando no los encuentra, los inventa. Se entrega a ese juego cuando está inactivo. Esa noche examina sus piernas; los pelos negros y tupidos son sutiles a pesar de su dureza y crean, desde el pie hasta la ingle, una especie de niebla que mitiga lo que los músculos tienen de rudo, de abrupto, de pedregoso. Me sorprende que semejante signo de virilidad cubra la pierna de una dulzura tan grande y tan sutil. Con la brasa del cigarrillo Él se divierte al quemar los pelos y se acerca para sentir el olor a quemado. Sonríe, no más que de costumbre. Su cuerpo en reposo es su gran pasión, una pasión morosa, no exaltante. Inclinado sobre él, Él lo mira. Lo examina como a través de una lupa. Observa sus minúsculos accidentes con la misma minucia del entomólogo ante las costumbres de los insectos. Pero si Él se mueve ¡qué resplandeciente revancha se toma en la gloria de actuar con todo su cuerpo!*

*Él (Querelle) no está nunca ausente, sino atento a lo que hace. En todo momento. Ignora lo que es el sueño. Su presencia es eterna. Jamás responde “con la cabeza en otra parte”. Y, sin embargo, la puerilidad de sus aparentes preocupaciones me desconcierta.*

*Con las manos en los bolsillos de mi pantalón y desganado, yo le diría:*

*“Empújame un poco, para que caiga la ceniza de mi cigarrillo”. Y jodidamente, en macho, me da un puñetazo en el hombro. Yo resoplo.*

*Podría haberme mantenido derecho, agarrarme de la baranda, el balanceo no era tan fuerte, pero aprovecha-ba, prontamente, con alegría, el movimiento del barco para dejarme desviar, oscilar, y siempre en su dirección. Logré incluso rozarle el codo.*

*Un perrazo cruel e inseparable de su amo, listo para devorarte la carótida, parecía seguirlo, avanzando a veces entre sus pantorrillas, confundidos los flancos del animal con los músculos de las piernas, listo para morder, gruñendo y mostrando los colmillos, y tan feroz que se podría esperar que le arrancara las bolas a Querelle.*

Después de estas notas sacadas de aquí y de allá, pero no al azar, que nos sugiere un diario íntimo, deseamos hacer evidente que el marinero Querelle, nacido de esa soledad en la que el propio oficial permanecía recluido, era un personaje solitario, comparable al ángel del Apocalipsis, que posa sus pies sobre el mar. De tanto pensar en Querelle, de gastar con la imaginación sus más bellos atributos, sus músculos, sus protuberancias, sus dientes, el sexo que se le adivina, el marinero se ha convertido para el teniente Seblon en un ángel (más adelante escribiré, ya lo veremos, “el ángel de la soledad”), es decir un ser cada vez más inhumano, cristalino, alrededor de quien se despliegan las ondas de una música basada en lo contrario de la armonía o, mejor dicho, la música que queda cuando la armonía se ha gastado, limado, y en su centro este ángel inmenso se mueve lentamente, sin testigo, los pies en el agua y la cabeza —o lo que debería ser su cabeza— confundida con los rayos de un sol sobrenatural. Que para robarle al enemigo los valiosos planes cuyo conocimiento será nuestra salvación, se prepara un agente secreto; el objetivo que persigue concierne tan precisamente a nuestro destino que estamos suspendidos, atados, a su éxito, y ese objetivo resulta ser de una nobleza tal que de sólo pensarlo a su ejecutor se le ensancha el pecho de emoción y brotan lágrimas de nuestros ojos, aunque él mismo se entrega a su tarea con frío método. Ensaya diversas técnicas, examinando las más eficaces, persigue, en suma, una ex-



perencia. Por eso, para cumplir un acto que debemos mantener en secreto, un secreto que guardaremos porque es inconfesable, y que tiene que cometerse en las tinieblas para poder justificarse, a veces nos valemos de una fría lucidez en la elección de los detalles. El teniente Seblon, antes de bajar a tierra en Brest por primera vez, tomó de una repisa, al azar, un lápiz, le sacó punta con esmero y lo guardó en su bolsillo. Luego, suponiendo tal vez que las paredes de pizarra serían demasiado oscuras y granulosas, se llevó unas pequeñas etiquetas engomadas. Ya en tierra, con un pretexto trivial, abandonó a sus compañeros de a bordo, entró en el primer meadero que encontró, bien arriba de la calle de Siam, y después de haber abierto su bragueta, mirando con precaución a su alrededor, escribió su primer mensaje: “Hombre joven de paso por Brest busca lindo muchacho que tenga una buena pija”. Trató de descifrar, sin lograrlo, las inscripciones obscenas. Le enfureció que un lugar tan noble fuera ensuciado con mensajes políticos. Volviéndose entonces sobre su propio texto, lo leyó mentalmente, y sintió una perturbación tan intensa, como si acabara de descubrirlo, que decidió ilustrarlo con una verga de tamaño monstruoso, rígida, exagerando la ingenuidad del dibujo. Después salió con naturalidad, como si sólo hubiera orinado. Y así recorrió la ciudad de Brest, entrando premeditadamente en cada meadero.

El extraño parecido entre los hermanos Querelle, que ellos mismos pretendían negar, sólo tenía atractivo para los demás. Se encontraban sólo por las noches, lo más tarde posible, en la cama única de una habitación, cerca de la pieza donde vivía pobremente su madre. Quizás se encontraban además en el amor por su madre, pero en una profundidad tal que les impedía ver nada y, también, ciertamente, en sus peleas casi cotidianas. Por la mañana se separaban sin decir una palabra. Pretendían ignorarse. A los quince años Querelle ya sonreía con esa sonrisa que lo caracterizaría toda su vida. Ha elegido

vivir con los ladrones; habla en su jerga. Trataremos de tener en cuenta ese detalle para comprender mejor a Querelle, cuya representación mental y hasta sus sentimientos mismos dependen de y tienen la forma de cierta sintaxis, de una particular ortografía. En su lenguaje encontraremos expresiones como: “bájate el pantalón”, “tengo las bolas llenas...”, “chúpame un huevo”, “no hay que soportar a un boludo”, “se puso colorado”, “cómo jode ese boludo”, “¡eh, muñeca! ¡se me paró!”, “no des bola”, expresiones que nunca eran pronunciadas de manera clara, sino más bien murmuradas con una voz algo apagada, como para adentro, sin verlas. Imprevisibles, las expresiones de ese lenguaje a Querelle no le decían nada, y si se nos permite, no lo ilustraban. Por el contrario, parecían entrar por su boca, acumularse, depositarse, formar un barro espeso del que a veces remontaba una burbuja transparente que explotaba delicadamente en sus labios. Era una palabra de argot que se elevaba.

En cuanto a la policía del puerto y de la ciudad, Brest estaba bajo la autoridad del comisariado, donde trabajaban, en la época de nuestra novela, ligados por una amistad singular, los inspectores Mario Daugas y Marcellin. Este último era una especie de excrecencia de Mario (se sabe que los policías siempre van en pareja) bastante pesada, insoportable y, a veces, felizmente, tranquilizadora. No obstante, Mario había elegido otro colaborador más sutil y más querido, y también más fácilmente sacrificable si era necesario: Dedé.

Como en cada una de las ciudades de Francia, en Brest había una tienda Monoprix, lugar elegido por Dedé para sus paseos, y por numerosos marineros que circulaban entre los mostradores, donde lo que más codiciaban, y a veces compraban, era un par de guantes. En suma, los servicios de la Prefectura marítima reemplazaban en Brest al antiguo Almirantazgo.